

nero
o de
su
per-
sio-
mi
me



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

✻
 Año I
 ✻
 26 de noviembre de 1887
 ✻
 Núm. 4
 ✻



LUIS Y EL GATITO

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA



RAN cosa es ciertamente adelantar en el camino de la civilización; pero á veces paga quien no tiene culpa los tales adelantamientos.

Digo esto, amigos y camaradas, por lo que está sucediendo actualmente en el puerto de Nueva York, convertido en espantoso matadero de pobres pajaritos.

Las inocentes aves, de paso por el Atlántico, ven desde muchas leguas brillar el potente foco de luz eléctrica que sirve de faro, sostenido por la colosal estatua de la Libertad; y fascinados por el resplandor, se precipitan sobre el enorme fanal de bronce, pereciendo á miles de millares.

Gravísimo conflicto, más trascendental de lo que puede parecer á primera vista, puesto que en manera alguna conviene que se mueran los pájaros.

Las aves, en efecto, constituyen la gran brigada sanitaria y los mejores guardias rurales de la tierra.

No falta quien cree, con muy buenas razones, que desde que se mata tantos pájaros se han desarrollado esas enfermedades que son la plaga de los viñedos.

Por lo tanto, si el faro de Nueva York tiene que dar por resultado el exterminio de los que Calderón llamó cariñosamente *ramilletes con alas*, creo que lo mejor sería cambiarlo por otro menos *pajaricida*: un faro modesto, útil, pero no dañoso para la conveniencia de los demás.

España es la nación que tiene mejor montado el servicio de faros, y, sin embargo, no se sabe que hayan perjudicado á nadie.

Pocas cosas hay que den más grima que despreciar á los pequeños, y las avecillas tienen motivo de sobras para estar enfadadas de la manera como las trata el hombre.

Ya son unos chicos desalmados que salen á campaña para descolgar nidos; ya soeces cazadores que les hacen una guerra cobarde á los pajaritos, con redes y otras artimañas; ya émpingorotadas señoras que no se avergüenzan de mostrarse duras y fieras pren-

diéndose en los sombrerazos cadáveres de aves del paraíso, y hasta pavos se pondrían para llamar la atención.

En esta parte no puedo menos de alabar la buena memoria del grandísimo sabio, pintor y escritor Leonardo de Vinci, el cual, siendo uno de los primeros genios de la humanidad, íbase al mercado, y comprando todos los pájaros que allí veía soltábales al momento.

Yo comprendo que el hombre les hiciera la guerra á los ratones, verbigracia, que no sirven más que para echarlo á perder todo; pero no á los pájaros, generosos aliados nuestros, perseguidores de insectos, destructores de parásitos, barrenderos de inmundicias, si bien los que toman á su cargo esta última faena son los *pájaros gordos*: los buitres, las águilas, los cuervos.

Es preciso amar á las bestiezuclas si uno quiere ser hombre de bien á carta cabal. Los mejores hombres han sido los que más han querido á los animales.

Ya sabéis: San Francisco de Asís, ese santecito adorable, ese poeta dulcísimo, esa figura de incomparable simpatía, le llamaba al lobo, al propio lobo, carnicero y malo, *mi hermano el lobo*.

¡Figuraos qué no hubiera dicho el frailecito de Asís al tener noticia de que en el puerto de Nueva York morían á miles de miles los pajarillos, por culpa de la malhadada luz eléctrica!

Yo admiro mucho ciertamente la gloria de los inventores industriales, y me quito el sombrero al oír pronunciar los nombres ingleses de los que nos han proporcionado la luz eléctrica; pero no por eso dejo de acordarme del buenazo de San Francisco de Asís, y me duele infinito que los pajarillos paguen el pato de la famosa iluminación.

ANTOÑITO



LA SONRISA DE EVA



El cumpleaños de María

Todo era luz en el Paraíso. Los árboles, recién nacidos de una madre tan nueva como la Tierra, que acababa de ser creada, alzaban sus ramas, cargadas de flores y frutos, formando espesos pabellones de verdura, entre cuyos grupos de tono fresco y claro se descubría el inmenso horizonte, eternamente azul y trasparente, como cuadraba á un lugar donde eran imposibles las borrascas y las tempestades.

Veíanse dilatadas y frondosas alamedas cuyo fin se perdía en lontananza; pájaros de brillantes colores paseaban con gentileza sobre extensas alfombras de esmeraldas, mientras otros volaban dulcemente, remontándose al cielo, ó bien saltaban á la orilla de los ríos.

Todo allí era inmenso, grandioso, colosal. Los torrentes se precipitaban sobre lechos de musgo, tomando, con los rayos del sol, reflejos de ópalo, de rosa, de zafiros. Los ríos se deslizaban á veces, mansamente, sobre guijarros lustrosos, suaves, semejantes á piedras preciosas, salpicando de perlas las orillas; otras, ocultándose bajo exuberante vegetación, se perdían á lo largo de altas enramadas, hasta que por último aparecían de nuevo cual argentadas cintas, retratando en su linfa la turquesa del cielo.

Las plantas competían en hermosura con los arroyuelos y los torrentes. Allí las especies más raras y bellas, los colores más delicados, las formas más caprichosas y extrañas. Era otra flora distinta de la de hoy; mejor dicho: la flora de nuestros días parece un reflejo de aquélla, que ofrecía toda la fuerza de la vida, con los esplendentes matices de lo recién creado, de lo recién salido de las manos del Artífice Supremo.

**

Aquel lugar, centro de todas las

bellezas, de todas las perfecciones, no era, sin embargo, el centro de la alegría.

Las flores eran hermosas, mas carecían de perfume. Sus vívidos pétalos darían envidia á los colores del arco iris, y, no obstante su belleza, no embarcaban los sentidos con las emanaciones de sus corolas.

No se admiraba tampoco la elegante ondulación de la palmera mecida por la brisa. El aire dormitaba entre las ramas de los árboles, y ni uno de sus soplos alteraba la eterna inmovilidad de las hojas.

Todo era silencio, quietud y paz en el Edén.

Las aguas, al correr sobre las pulimentadas piedrecillas, no murmuraban con esos sonidos que arrullan el sueño; y las aves, suspensas ante aquella Na-



El cumpleaños de María

turalidad como paralizada, ni lanzaban al viento sus cantos ni sus gorjeos, permaneciendo absortas y silenciosas frente á la sublime obra de Dios.

En una palabra: el Paraíso estaba realmente triste porque la mujer no lo había alegrado todavía con su presencia.

Eva no había despertado aún á la vida.

Dormía la madre de los hombres en blando lecho de rosas. La rubia cabellera, larga y sedosa, mal cubría la casta desnudez de sus formas, compitiendo con las luminosas hebras de la cabellera del sol, que doraba su cabeza, sirviéndole de glorioso nimbo.

Se notaba, en la que luego había de morder el fruto prohibido, algo de infantil y candoroso, lo mismo en la boca, que parecía hecha para pronunciar infinitas dulzuras, que en los párpados, caídos y transparentes cual hojas de rosa.

De pronto, Eva, sacudiendo el pesado sueño, abre los ojos, admirados y claros, y contempla electrizada cuanto la rodea.

Ve las aves, que la miran sorprendidas y silenciosas; los animales, como aguardando una señal de sus labios para moverse; los reptiles, que se arras-

tran humildemente á sus pies. Contempla aquel Edén hecho para ella, aquellos árboles que le prestan dulce sombra, aquellas aguas que retratan, temblando, su linda imagen; y sacudiendo la cabellera de oro, y levantando los ojos al cielo, entreabre los frescos labios de niño y se sonríe.

Y como si aquella sonrisa fuese señal ó conjuro, escúchanse de pronto, en el Paraíso, las más dulces armonías, los trinos más suaves de los pájaros, los rumores más adormecedores y gratos.

De repente, despiden las corolas de mil flores aromas variados, embalsamando el ambiente, mientras el viento, sacado bruscamente de su sueño, mece las copas de los árboles, sacude las rāmas, cubiertas de rocío, que dejan caer menuda lluvia de diamantes; y remueve las aguas de los lagos, que despiden, con el sol, reflejos de plata.

Oyense, al mismo tiempo, aleteos de pájaros que vuelan locamente, de un lado á otro, piando alegres. Todos los animales abandonan su inmovilidad, y de mil modos distintos saludan á la que con su presencia alegra aquel lugar, antes silencioso y casi paralizado.

Músicas sobrenaturales, ecos divinos, llenan los ámbitos, cayendo como blanda lluvia sobre la Naturaleza, exuberante de lozanía, al par que el céfiro cuchichea entre las



La carrera de Ricardo en el parque

hojas; y difúndese deslumbrante luz por el Paraíso, como si las miradas de Eva brillantasen los rayos del sol.

Todo cambió al punto con la primera sonrisa que demostraba la complacencia de la compañera del hombre.

El Edén se trasformó por completo ante aquella muestra de satisfacción y de alegría, como si fuese el complemento de tan maravillosa obra.

La sonrisa de Eva fué la alegría del Paraíso, y no es extraño...

De entonces á acá la sonrisa de la mujer es la alegría del mundo.

H. GINER DE LOS RÍOS



AUREOLAS

CERVANTES

Sabéis, mis queridos niños, lo que es una aureola? Es una corona de luz, una diadema esplendorosa con que la inmortalidad circunda el nombre de los seres más esclarecidos. En esta sección, pues, como en sarta de perlas ó mosaico de piedras preciosas, aparecerán el de cuantas celebridades pasadas y contemporáneas han conquistado tan alto galardón.



La carrera de Ricardo en el parque

De oídas, claro está que algún nombre famoso conoceréis, y el de Cervantes más que ningún otro, como que no hay población, por grande ó chica que sea, que no tenga una calle, un paseo, una plaza, ó un teatro, que no lleve el nombre del grande escritor, porque habéis de saber que Cervantes lo fué y eminente como otro no haya habido. Pero saber su profesión no basta: yo os diré los rasgos más salientes de su triste y trabajada vida.

Nació en Alcalá de Henares en octubre de 1549, hijo de una familia pobre, pero hidalga, ya que su nombre suena honoríficamente desde el siglo XIII, por haberlo llevado esclarecidos guerreros que tomaron parte en las tomas de Baeza y de Sevilla.

Su afición al estudio y á la lectura era tal, que, según dicen algunos de sus historiadores, en su niñez recogía por las calles cuantos jirones de papelillos encontraba. Para sustraerse á las amonestaciones de su familia, que quería dedicarlo al estado eclesiástico, en diciembre de 1568 se trasladó á Roma, entrando como *familiar* del cardenal Aquaviva. Cargo tan humilde se avenía poco con su nòble carácter; y ansioso de gloria, y en busca de mejor fortuna, dejó la casa del cardenal para alistarse en los tercios de Flandes. Embarcado en la galera *Marquesa*, tomó parte en la memorable batalla de Lepanto, donde en el fragor de la refriega, y después de haber tomado su galera el estandar-



El pensamiento de los animales

te real de Egipto, que ostentaba la capitana de Alejandría, perdió su mano izquierda de un arcabuzazo que le asestaron sus enemigos.

Enfermo y lisiado, atraído por el dulce recuerdo de su familia y el de su patria, decidió regresar á España, embarcándose en Nápoles á bordo de la galera española *El Sol*, que fué apresada, en su travesía, por una escuadra argelina.

Prisionero de los berberiscos, sufrió cinco años de triste cautiverio. Imposible describir los tratamientos inhumanos de que fué objeto durante su cautividad. Aherrojado, maltrecho, apaleado unas veces y arrojado otras en un baño, cargado de cadenas, así pasó aquellos años, que desgraciadamente no fueron los mas tristes de su vida. Libertado en 1580 por una compañía de Padres Mercedarios redentores de esclavos, regresó á su país, donde no le fué dado contar con otro medio de vida ni con otro sostén que su pluma, frágil apoyo en verdad: de ahí que, olvidado y triste, abrumado por terribles desengaños, en su libertad se considerara Cervantes más desdichado que en su cautiverio.

En las oscuridades de un calabozo dió comienzo á su inmortal *Quijote*, la

obra más brillante é ingeniosa que han admirado las edades; pero hasta después de su muerte, acaecida el 23 de abril de 1616, no se hizo justicia ni al autor ni á su portentosa creación.

Ya sabéis, pues, quien fué Miguel Cervantes Saavedra: el genio de un coloso, encerrado dentro de una frente nublada siempre por el sufrimiento; una



El día más feliz de Teresina

alma noble y honrada que vivía en un corazón creado sólo para sentir los terribles golpes que la adversidad le asestaba; pero ser tan extraordinario, que la fama de sus obras había de ser oleadas de luz inextinguible, destinadas á iluminar eternamente los esplendorosos arrebos de la inmortalidad.

TRINIDAD DE LA ROSA

✻ NUESTROS GRABADOS ✻

LUIS Y EL GATITO

Luisito fué con su madre á retratarse; y como no se podía conseguir que permaneciese quieto, porque siempre estaba jugando con el gato, resolvióse que el fotógrafo reprodujera la imagen de los dos.

El gatito se resistía á mantenerse inmóvil, y no fué menos difícil obligarle á estarse quieto, porque prefería jugar con Luis; pero entonces la madre le colocó en los brazos de éste, y los dos quedaron contentos. El fotógrafo se acercó para arreglar su posición de la manera más conveniente para reproducir las imágenes; pero el niño creyó que se trataba de quitarle el gato, y estrechóle con toda su fuerza, cruzando los brazos alrededor del cuerpo.

—¡No se le llevará V.!—dijo Luis, mirando al retratista; pero en el mismo momento este último tomó la imagen, que resultó tal como la representamos.



Las burbujas

EL CUMPLEAÑOS DE MARÍA

Los padres de María quisieron celebrar su cumpleaños cuando llegó á contar ocho primaveras, y al efecto convidaron á otras niñas, amigas suyas, que, vestidas de blanco y muy engalanadas, fueron á felicitarla con tal motivo.

Cuando se cansaron de jugar, la madre las invitó á tomar asiento ante una mesa colocada á la sombra de un frondoso árbol, y llena de pasteles, frutas y dulces; pero lo que más gustó á las infantiles convidadas fué un ramillete que figuraba una gallina rodeada de sus polluelos, de los cuales se dió uno á cada niña.

Cuando aun estaban sentadas á la mesa saboreando aquellas golosinas, María vió á una pobre muchacha, andrajosa y descalza, que por la puerta entornada contemplaba el alegre grupo con tristes ojos y melancólica expresión.

María estaba dotada de generosos y caritativos sentimientos, y apenas divisó á la mendiga corrió hacia ella y preguntóle con cariñoso acento si quería entrar á tomar parte en el banquete. La pobre, que se llamaba Inés, aceptó sin vacilar. María la condujo hasta la mesa y ofrecióle uno de los pollos de dulce, invitándola á comérselo.—No puedo comérmelo crudo,—dijo la muchacha, creyendo sin duda que era un verdadero pollo.

Todas las niñas soltaron una carcajada al oír esto, pareciéndoles muy extraño que Inés no hubiera comido nunca dulce ni crema; pero tratáronla con bondad y la invitaron á jugar.

Llegada la hora de retirarse, las amigas de María se despidieron de ella felicitándola de nuevo, y su madre regaló á la pobre algunas prendas de ropa, zapatos y medias, así como un pañuelo de lana. María le dió por su parte algunos juguetes, é Inés salió de la casa contenta y feliz.

Aquella noche, cuando la niña se acostó, dijo á su mamá que no había pasado nunca un día tan feliz.

—Eso es porque has hecho una buena acción,—contestó la madre.—Recuerda siempre que, para ser dichosos nosotros, debemos procurar que los otros lo sean también.



El canto de la nodriza

LA CARRERA DE RICARDO EN EL PARQUE

Ricardo visitó un parque con su madre y sus hermanos más jóvenes. Era un sitio de recreo muy agradable, donde había una elevada torre, varios pabellones y frondosos árboles que producían fresca sombra.

Cuando Ricardo iba á salir del parque vió un ciervo que se dirigía hacia él y que parecía muy manso. Lamió las manos al muchacho, y complacianle mucho, al parecer, las caricias que se le prodigaban. Restregaba su cabeza contra la mano de Ricardo, como para demostrarle su cariño; pero á veces hacíalo de una manera demasiado brusca y desagradable. Ricardo creyó que así era como los ciervos manifestaban siempre su cariño, y no pudo menos de exclamar:—¡Mamá, este animal me quiere más aún que tú y mis hermanos!

La madre se dirigió hacia la salida con los niños, mientras que Ricardo iba detrás, jugando con el ciervo; pero de pronto detúvose al oír un grito á corta distancia.—¡Mamá, mamá!—gritaba el chico.—¡Socorro!—Todos volvieron la cabeza: el ciervo se alejaba rápidamente, llevando á Ricardo sobre su lomo; y el pobre no podía cogerse siquiera al cuello del animal, porque iba de espaldas á las astas.

El ciervo, espantado, daba saltos enormes y corría ligero como el viento. Nadie se reía, porque aquella carrera era muy peligrosa; y á los pocos minutos Ricardo fué arrojado al suelo, cayendo por fortuna en un barrizal.

No había recibido daño, pero habíale sorprendido mucho su inesperada carrera.

El ciervo se había agachado; y como se levantara de pronto cuando el niño se apoyara sobre él, éste quedó montado, lo cual espantó tanto al ciervo, que al punto arrancó á correr.

Ricardo se había asustado mucho, lo mismo que su mamá y sus hermanitos; pero después todos se rieron, y durante largo tiempo el niño recordó la aventura.



Los pasatiempos de Guillermo

EL PENSAMIENTO DE LOS ANIMALES

Dios ha concedido á cada animal la parte de inteligencia que necesita según su aptitud, y en mayor ó menor grado, por consiguiente, atendidas sus facultades naturales.

Diríase que algunos seres del reino animal piensan mucho sobre lo que ven, oyen y sienten, poco más ó menos como hacéis vosotros los niños. El perro ó el gato son muy superiores á la ostra por tal concepto, pues saben servirse muy oportunamente de las armas que la Naturaleza les concedió.

Una vez conocí cierto gato que nació en la primavera, cuando ya había desaparecido la nieve. Llegado el invierno, volvió á nevar con tal fuerza, que se formó una blanca capa de un pie de espesor; y Micifuf, que no había visto nunca aquello, comenzó á mirar la nieve por la mañana, con mucha curiosidad, apenas salió al patio; exactamente como lo haríais vosotros al ver una cosa que no conocierais.

Después de contemplarla un rato, alargó una pata para tocarla, y después otra. Luego cogió cierta cantidad y arrojóla al aire, haciéndola volar después como si fuera una pluma. ¿No os parece que vosotros hubierais hecho lo mismo, en el caso del gato, al ver la nieve por primera vez? El animal se divertía mucho al parecer, como os hubierais divertido vosotros.

EL DÍA MÁS FELIZ DE TERESINA

Érase una niña italiana que vivía con su abuelo, honrado anciano, tocador de organillo. No tenían casa, y siempre iban errantes de una ciudad á otra. Teresina bailaba al son de la música, y de este modo ganaban ambos la subsistencia.

Una tarde emprendieron la marcha para ir á un punto donde no habían estado nunca.

No conocían el camino, y la noche cerró antes de que pudiesen llegar al término de su viaje. Hallábanse en un campo de trigo rodeado de arboledas, y Teresina estaba tan cansada que no pudo andar más; de modo que fué preciso detenerse. Aprovecharon este instante para comer un mendrugo de pan y beber agua en el manantial inmediato. Después acercáronse á unos montones de paja á fin de pasar allí la noche: y tan rendidos estaban Teresina y su abuelo, que no tardaron en dormirse profundamente.

Al rayar el día despertaron acosados por el hambre, y, como viesan una casa cerca de allí, dirigieronse á ella para pedir algo de comer. La casa pertenecía al Sr. López, quien invitó á los viajeros á entrar, mientras que su señora les ofrecía un buen almuerzo. Después que hubieron satisfecho su apetito, el abuelo tocó en el órgano, y Teresina bailó.

Las hijas de aquellos señores, Marta y Anita, tenían poco más ó menos la misma edad que Teresa, y quedaron muy complacidas de la visita, pero no habían oído nunca tocar un organillo, ni á ninguna niña bailar tan bien. Por eso manifestaron deseos de que se quedara allí todo el día, á lo cual accedió Teresa con mucho gusto, porque siempre había vivido en las ciudades, y agradábase mucho el campo. Mientras su abuelo descansaba y dormía á la sombra de un frondoso árbol, ella corrió y jugó con Marta y Anita, bailaron juntas, y fueron á la pradera á coger flores.

Por la noche, como el Sr. López debía ir á la ciudad inmediata, acompañó á ella



Los pasatiempos de Guillermo

al anciano y á Teresina, á quien Marta y Anita regalaron alguna ropa y un cesto de manzanas, quedando muy tristes por la despedida de la italianita.

Aquel día fué el más feliz que esta última había conocido hasta entonces, y aseguró á sus amiguitas que no lo olvidaría jamás, y que tan pronto como pudiera las visitaría de nuevo.

LAS BURBUJAS

Sentada en un taburete, con un tazón de agua jabonosa entre las rodillas y una paja hueca en la boca, la graciosa Juanita sonríe de satisfacción cuando al soplar en aquella ve salir de su extremidad una burbuja que, diminuta al principio, dilátase gradualmente hasta convertirse en un globo que parece poblado de fantásticas imágenes y presenta los colores del arco iris. ¡Cómo grita de gozo la niña, al contemplar su obra, llamando á su mamá para que vea también aquel prodigio!

Pero el tenue globo se desvanece muy pronto, y entonces Juanita llora y se desespera, hasta que, soplando de nuevo en la paja hueca después de recoger con la extremidad una gota del líquido, produce otro diáfano glóbulo, que la alborozó, haciéndole olvidar su llanto.

EL CANTO DE LA NODRIZA

¡Sube, sube, niño hermoso; sube hasta la copa del árbol, donde la brisa susurra entre el follaje, donde el colorín trisca entre las ramas, y donde el albérchigo exhala su perfume!
¡Baja, baja hasta las flores, en cuyos pétalos vienen á libar la mariposa y la abeja, donde las rosas están cargadas de gotas de rocío semejantes á líquidas perlas, donde todo es fresco y encantador como tú, hermoso niño!

LOS PASATIEMPOS DE GUILLERMO

El niño Guillermo era hijo único, y, por lo tanto, no tenía con quién jugar en su casa. Cierta día, habiendo quedado solo en la habitación, vió los zapatos de su padre, y ocurrióle la idea de ponérselos, pensando que así parecería un hombrecito.

Después de dar dos ó tres vueltas por la estancia, no sin tropezar varias veces, fijáronse sus miradas en el sombrero de su papá, y pensó que poniéndoselo se trasformaría del todo; mas era muy grande, y no solamente le cubrió la cabeza, sino que bajó hasta los hombros, de modo que no veía por dónde andaba y hubo de quitárselo.

El gato estaba echado en una silla. Guillermo quiso ponerle el sombrero, pero esto no agradó sin duda á Micifuf, que comenzó á correr de un lado á otro, excitando la risa de Guillermo, que no había visto hasta entonces un sombrero andando.

Las carcajadas del chico despertaron á León, el perro de la casa, á quien Guillermo había cansado mucho, antes, enganchándole á una silla para que tirase de ella, después de haberse sentado él como en un coche. Cuando el perro vió el sombrero moviéndose en el suelo, precipitóse hacia él: el gato se espantó, y, al tratar de huir, enredóse en las piernas de Guillermo, haciéndole rodar por el suelo, porque las botas de su papá le impidieron mantener el equilibrio.

Al oír el estruendo, la mamá acudió presurosa, y al pronto no pudo contener la carcajada al ver á Guillermo tendido de bruces en el suelo, con el bastón de su papá debajo y el sombrero más allá. Esto demostró á Guillermo que los zapatos de su padre no le hacían más hombre ni le servían tampoco para andar.

EL PAVO DE NAVIDAD

—Amiguito mío,—dice la raposa á su hijuelo,—te vas haciendo pesado como una vaca. Ya estamos en Navidad: las campanas nos anuncian esa fiesta que ricos y pobres celebran; pero nosotros podemos morirnos de hambre mientras que maese Juan, el labrador, desplumará un magnífico pavo para servirlo en su mesa. Vamos, vete allí ahora mismo, y apodérate del ave si puedes. Deja de ser perezoso y no pienses tanto en jugar. Nunca has traído presa alguna, ni siquiera un misero pollo; y tiempo es ya de que sirvas de algo á la familia y recobres en lo posible el tiempo perdido.

La joven zorra, entristecida por esta represión y deseosa de hacer méritos, emprende la marcha. Apenas llegada la noche, acércase á la granja de maese Juan: con furtivo paso penetra en el gallinero, se apodera del pavo, le estrangula, y, cargándose el ave sobre el lomo, toma el camino de su madriguera con triunfante satisfacción.

—¡Buen hijo!—exclama la raposa madre.—En lo sucesivo serás digno de toda consideración, apreciando en lo que vale tu astucia y tu destreza; pues, gracias á ti, celebraremos la Navidad con una buena mesa, mientras que maese Juan deberá contentarse con una gallina vieja.

LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

El Sr. Frankland, al recibir el dinero de su hijo, derramó lágrimas de ternura.

—¿No es singular,—decía,—que yo experimente tanto placer en momentos semejantes? Sí: es una bendición del cielo tener buenos hijos. Suceda lo que quiera, mientras estemos prestos á socorrernos unos á otros de esta manera, no seremos desgraciados nunca... Ahora,—continuó el activo anciano,—no pensemos más que en reedificar nuestra casa. Francisco, dame mi sombrero. Se me ha fijado el reuma en este maldito brazo: me resfrié la noche del incendio. Vamos: el trabajo me hará bien, y fuera pereza. Daríame vergüenza estarme mano sobre mano cuando veo á mi alrededor tan bravos jóvenes.

El padre y los hijos pusieron con ardor á comenzar la obra. Pronto un hombre á caballo, de bastante mala facha, llegó hasta ellos, se enteró de si se llamaban Frankland, y les entregó á cada uno un papel. Era la copia de un requerimiento para abandonar la granja antes del primero de setiembre próximo, ó bien pagar doble arriendo.

—Sin duda es un error, señor,—dijo con dulzura el anciano Frankland.

—No hay ningún error,—replicó el forastero.—El requerimiento está en buena y debida forma. Está fundado en derecho: he visto yo mismo vuestro contrato hace algunos días. Ha expirado el mes de mayo último, y habéis gozado de él, contrariamente á la ley y á la justicia, durante once meses, puesto que estamos en abril.

—Mi padre no ha hecho nunca nada en su vida contrario á la ley y á la justicia,—interrumpió diciendo Francisco, cuyos ojos centelleaban de indignación.

—No levantes la voz, Francisco,—dijo el colono poniendo su mano sobre el hombro de su hijo;—déjame explicar tranquilamente con el señor. Os lo repito, señor: hay en todo eso alguna mala inteligencia. Verdad es que mi arriendo expiraba el mes de mayo último, pero tenía la promesa de una renovación por parte de mi buen amo.

—No me consta nada de lo que estáis hablando,—respondió el forastero recorriendo las hojas de su agenda.—No conozco á la persona á quien llamáis vuestro buen amo: no es esta una manera suficiente para designar á un hombre á los ojos de la ley. Pero si entendéis por tal al arrendador primitivo, Francisco Folingsby, de Folingsbyplace, condado de Monmouth, debo informaros de que ha fallecido en Bath el 17 del corriente...

—¡Muerto! ¡Mi pobre amo ha muerto! ¡Ah, qué desgracia!

—Y su sobrino, Felipe Folingsby, ha entrado en posesión de sus bienes como heredero directo,—continuó el forastero, siempre en el mismo tono;—y obro en su nombre por haber recibido poderes de procurador para este objeto.

—Pero, señor, yo estoy seguro de que el Sr. Felipe Folingsby no conoce la promesa de renovación que me dió su tío.

—Las promesas verbales, ya lo sabéis, no son nada, señor: el viento se las lleva si no hay testigos. Y si han sido hechas á título gratuito por el fallecido, no obligan de ninguna manera, en derecho y en equidad, al superviviente ó heredero. Si la promesa hubiese estado escrita en papel sellado, entonces tendría algún valor.

—No ha sido escrita: os lo confieso, señor,—dijo Frankland;—pero pensaba yo que la palabra de mi amo valía por su firma, y he tenido su palabra.

—Sí,—exclamó Francisco;—me acuerdo muy bien: estaba yo allí cuando le dijisteis lo mismo que al señor. Él os respondió: «Tendréis mi promesa por escrito. Tales precauciones no significan nada entre gente honrada; pero ¿quién sabe lo que puede suceder y lo que vendrá detrás de mí? Hay que tratar siempre los negocios por escrito. No quisiera por nada del mundo dejar á ninguno de mis arrendatarios en el menor embarazo. Habéis mejorado vuestra finca y es justo que gocéis de los beneficios de vuestra industria, maese Frankland.» Entonces entró alguien, y nuestro amo nos dijo pasásemos otro día para redactar el acta. Pero al día siguiente salió del pueblo para un asunto urgente, y estoy seguro de que siempre se figuró después habernos dado la promesa por escrito.

(Se continuará)

Soluciones á las charadas del número anterior: 1.ª BOBO.—2.ª MAPA

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|--------------------|----------------|--------------------|-----------------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | = Insigne escritor español. |
| | 1 | 5 | 6 | 7 | 8 | 3 | 5 | 9 | = Lugar de piedras. |
| | 1 | 2 | 3 | 4 | 2 | 3 | 5 | = Ciudad catalana. | |
| | | 1 | 5 | 3 | 7 | 5 | 9 | = Juego. | |
| | | 6 | 5 | 4 | 2 | 9 | = Cosa de mar. | | |
| | | 1 | 2 | 3 | 5 | = Producto animal. | | | |
| | | | 2 | 4 | 5 | = Nombre de mujer. | | | |
| | | | | 3 | 2 | = Nota musical. | | | |
| | | | | | 4 | = Consonante. | | | |

INTRÍNGULIS

Buscar una palabra de la cual, quitando una letra, dé los siguientes resultados:

- 1.º, ciudad italiana.
- 2.º, nombre de una calle de Barcelona y de un famoso literato.
- 3.º, una cantidad.
- 4.º, nota musical.
- 5.º, consonante.



El pavo de Navidad

ROMBO

CUADRADO

1.ª línea vertical y horizontal, un consonante.—2.ª, grande extensión líquida.—3.ª, puerto famoso.—4.ª, un licor.—5.ª, consonante.

Formar con la 1.ª línea vertical y horizontal el nombre de un animal; con la 2.ª, el de una planta; con la 3.ª, ídem; con la 4.ª, un órgano de las aves.

J. JUAN

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de las charadas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.